

CAPÍTULO PRIMERO

EASTPHALIA: ASIA EN LA GEOPOLÍTICA GLOBAL

EASTPHALIA: ASIA EN LA GEOPOLÍTICA GOBAL. DESPLAZAMIENTO DE LOS CENTROS DE PODER HACIA LA REGION

ISIDRO SEPÚLVEDA MUÑOZ

INTRODUCCIÓN

En una magnífica metáfora, que mostraba una percepción ya arcaica de la realidad del momento, hace ochenta años el filósofo español José Ortega y Gasset indicaba que cuando los europeos vieran cruzar los Urales la primera coleta china podían comenzar a temblar. Hace décadas que la Revolución Cultural erradicó las tradicionales coletas, pero la anunciada invasión se ha producido. Una invasión que no ha utilizado divisiones acorazadas y no se ha reducido a Europa, sino productos manufacturados de todos los tipos que están presentes en los mercados internacionales de todo el mundo.

Durante los años setenta se hizo popular lo que se conoció como el *síndrome Kodak*. Profetizando el inminente aumento del nivel de vida chino, un ejecutivo de la conocida marca de películas fotográficas señaló que el crecimiento de la compañía sería exponencial si se conseguía el aparentemente modesto logro de que cada ciudadano de ese país comprara un carrete al año. Cuando en la anual reunión de ejecutivos se preguntaba por el seguimiento de ese objetivo el mismo responsable anunciaba, un año tras otro, que al siguiente se produciría. Nunca lo hizo. No para Kodak. Cuando los chinos estuvieron en condiciones de comprar una media de un carrete de película fotográfica al año –y acabaron adquiriendo muchos más– a quien se lo acabaron comprando fue a compañías locales.

Occidente ha mantenido una percepción de Asia valorando su trascendencia pero siendo víctima de dos espejismos. En primer lugar su lejanía, «Oriente» estaba demasiado alejado para significar una amenaza o constituir una oportunidad de expansión; esa distancia también se medía

en diferencias culturales, alcanzando el nivel de civilización. El segundo espejismo, de forma creciente cuando el desarrollo de la navegación borró esa distancia, fue el del subdesarrollo; en consecuencia, las potencias europeas de los siglos XVII a XIX se arrogaron la misión de «civilizar» a las enormes masas de población asiática, extendiendo un sistema colonial que se mantuvo hasta el final de la segunda guerra mundial. Desde entonces, la apreciación se mantuvo, alimentada por la inestabilidad de buena parte de los países nacidos del proceso descolonizador, guerras civiles y enfrentamientos étnicos que en buena medida acabaron articulándose dentro del enfrentamiento entre las superpotencias. A diferencia del escenario europeo, en Asia la Guerra Fría sí produjo conflictos abiertos y millones de víctimas. A comienzos del siglo XXI, sin embargo, estos seculares espejismos no sólo han desaparecido, sino que aparecen realidades que muestran una proyección del continente asiático como centro neurálgico de la comunidad internacional.

Este trabajo pretende mostrar cómo, por qué y con qué consecuencias se está ya produciendo una creciente transferencia de influencia y un desplazamiento de los centros de poder hacia la región. Para analizarlo se señalarán las razones en las que se basa el ascenso del conjunto asiático en el escenario global y los cambios estructurales que produce su incorporación; se estudiarán los principales instrumentos de proyección hacia el resto del mundo y, de forma más detallada se verán las repercusiones estratégicas que tienen para las principales regiones. Estos cambios muestran el comienzo de un nuevo periodo, con cambios trascendentes de repercusiones históricas, cuyas consecuencias marcarán el siglo XXI. Un siglo cuya primera mitad contemplará el ascenso de las nuevas potencias asiáticas, incómodas en un sistema de relaciones internacionales diseñado por otros, por lo que pretenderá cambiarlo y, si no son aceptadas sus demandas, conformar un nuevo sistema.

Un nuevo sistema *eastfaliano* que, paradójicamente, recuperará las bases legitimadoras salidas de Westfalia: plena soberanía del Estado, no injerencia en asuntos internos e igualdad entre los miembros de la comunidad internacional, si bien que reinterpretadas desde una perspectiva no Occidental.

CAMBIOS ESTRUCTURALES

El mundo de hoy tiene grandes diferencias respecto al de hace 25 o 40 años. De igual modo, dentro de otros 25 o 40 años el mundo que hoy

conocemos habrá sufrido unas transformaciones de enormes consecuencias. Y en la esfera de las relaciones internacionales y el balance de poder global, la más significativa será el ascenso de varias potencias asiáticas hasta los primeros puestos de influencia y decisión (y, a su vez, la postergación de los países europeos que aún en la actualidad gozan de este rango). No resulta en absoluto sencillo determinar los factores fundamentales que contribuyen a establecer los principales cambios estructurales sobre la región. La propia magnitud de estos grandes procesos y las trascendentales consecuencias que ya tiene y, aún más, tendrán en el futuro de las siguientes generaciones, obliga a tener un conocimiento lo más detallado posible de las bases que los han hecho posibles, las circunstancias que los han propiciado (y que a su vez también las han motivado) y, desde el punto de vista español y europeo, las consecuencias que estos cambios tienen y las posibles estrategias para adaptarse a los mismos.

Para analizar estos factores de cambio estructural se va utilizar un modelo expositivo tan sencillo como ambicioso: responder a las básicas preguntas del dónde, quién, cuándo y cómo.

La conformación del Eje Pacífico

Para la civilización occidental, el primer eje geopolítico de la historia cortó transversalmente el Mar Mediterráneo. Aunque las más antiguas ciudades-Estado se encontraron en las llanuras mesopotámicas, fue a orillas del Mediterráneo donde proliferaron las más altas culturas que sentaron las bases de lo que específicamente hoy conocemos como Europa y de forma más amplia llamamos mundo occidental, por su extensión a las Américas. La irrupción de la civilización musulmana no hizo variar este eje geopolítico, sino que lo amplió dotándolo de una orilla sur muy activa.

El comienzo de la Edad Moderna significó un cambio trascendental en la geopolítica mundial; a través del Tratado de Tordesillas, las dos potencias ibéricas, España y Portugal, se repartieron el globo terráqueo como zonas de influencia y colonización. La entrada en explotación de las colonias portuguesas en la costa africana y la conformación de los grandes virreinos en tierras americanas hicieron que el Océano Atlántico se convirtiera en un nuevo *mare nostrum* ibérico; que a partir del siglo XVII ya sería plenamente europeo con las colonizaciones francesa, británica y holandesa de amplios territorios costeros americanos.

La culminación de la expansión de la colonización europea, hasta alcanzar el conjunto del planeta a comienzos del siglo XX, no hizo variar de

hecho el eje atlántico sino, más bien, incrementar su peso. En el censo de Estados Unidos como gran potencia industrial y la multiplicación de los intercambios comerciales entre una orilla y otra del Atlántico lo convirtieron más que nunca en un eje vertebrador de los poderes globales. El final de la Segunda Guerra Mundial, con el desarrollo de un nuevo escenario geopolítico caracterizado por la hegemonía de las dos superpotencias, tampoco supuso un cambio sustancial de esa centralidad atlántica; de hecho, mientras las antiguas potencias coloniales europeas perdían unos imperios que habían pasado en tres décadas de ser la máxima manifestación del poder nacional a una rémora imposible de sostener, la propia Europa se convertía en un territorio de influencia bipolarizado entre las dos nuevas superpotencias, extraeuropeas pero vinculadas a la civilización occidental.

El rápido proceso de descolonización –apenas tres décadas frente a los más de cuatro siglos que conllevó la formación de los imperios europeos– dio origen a la creación de decenas de nuevos estados. Al final de la Guerra Fría el número de Estados independientes miembros de Naciones Unidas se había multiplicado por cuatro respecto a los miembros fundadores. Para entonces, el crecimiento del comercio mundial y, de forma paralela, el extraordinario incremento de las transacciones financieras a escala mundial, junto a un creciente proceso de localización industrial y un aumento significativo de las movilizaciones migratorias habían hecho que, por primera vez, se tuviera una percepción cotidiana de la globalización a la que había llegado el desarrollo humano. Y en esta percepción aparecía con nitidez el incremento sustancial de la relevancia de otras regiones, fundamentalmente de Asia.

Desde que en los años 60 comenzara a hablarse del «milagro japonés», el escenario asiático ha ido incrementando paulatinamente la atención occidental. El salto cualitativo que supuso en buena parte de la región la aplicación de los métodos industriales japoneses hizo que el fenómeno se reprodujera a menor escala pero con mayor trascendencia. Ya en los años sesenta Taiwán y Corea del Sur comenzaron a emular el crecimiento japonés y a finales de los 70 se les había unido Tailandia e Indonesia, que junto con Singapur y Hong Kong –incorporado a China en 1997– conforman lo que de forma tan tópica como sensacionalista se han llamado los «tigres asiáticos». El crecimiento sostenido de estas economías del Asia Oriental alcanzó en las últimas décadas unas tasas no igualadas por ninguna otra región del mundo, lo que hizo que el eje atlántico fuera debilitándose en favor de un mayor peso de las orillas del Océano Pacífico. Y sin embargo,

aún faltaba la transformación más importante que arrastra la causa fundamental del incremento de influencia de la región: el ascenso durante las dos últimas décadas de India y China.

El retorno de la geografía humana

En los sistemas políticos del Antiguo Régimen, la riqueza y el poder de un Estado se medía por la extensión de los terrenos cultivables y la población susceptible de ser enrolado en los ejércitos. La Revolución industrial supuso una transformación en el primer factor, añadiendo una enorme capacidad de creación de riqueza, si bien el segundo factor de la ecuación permaneció, si bien bajo el modelo de los ejércitos nacionales. Pero el propio proceso de desarrollo de la tecnología de la defensa hizo que a lo largo del siglo XIX se evidenciara la mayor importancia de las capacidades técnicas sobre la mera dimensión de los ejércitos. A lo largo del siglo XX, en especial vinculada al proceso de descolonización asiática y africana, se materializó la contradicción entre dimensión demográfica y capacidad de desarrollo económico; el propio exceso de población, a la que los nuevos Estados se veían incapaces de atender en sus necesidades básicas, se convertían en un factor importante que dificultaba el crecimiento y la homologación de las economías nacionales con las del mundo desarrollado. En consecuencia, el factor que anteriormente evidenciaba las potencialidades de un Estado ahora era percibido como un lastre para su desarrollo.

Aunque en una dimensión menor ya había sido probado (como ejemplarizaba paradigmáticamente el caso de Japón), han sido China e India los países que han sabido devolver su valor original a la riqueza que supone la población, en lo que supone un retorno de la trascendencia de la geografía humana. Si bien ahora no importa tanto el número de millones de kilómetros cuadrados de tierra fértil ni la capacidad de movilización para empuñar un arma; lo que realmente importa son los millones de manos realmente útiles, especialmente si son empleados en sectores de creación de riqueza. En el mundo occidental, especialmente en Europa, desde el siglo XIX se persiguió el ideal del pleno empleo, sosteniendo que una población activa garantizaba la potencia económica nacional y el bienestar social. Sin contradecir directamente esta premisa, China e India han incrementado extraordinariamente su peso en la escena económica global gracias al volumen del sector industrial creado en las dos últimas décadas. Aunque ambos países presentan enormes sectores poblacionales con tasas de producción ínfimas –manteniendo de hecho, unos sistemas de produc-

ción preindustriales y una economía de subsistencia–, lo más significativo ha sido la reacción de un moderno y muy poderoso sector industrial –y también de servicios–, ocupado por una mano de obra muy abundante, muy barata y con altos niveles de cualificación. Y aún más importante, el volumen global de la población ocupada en estos sectores productivos ha alcanzado un nivel imposible de igualar por ningún otro país.

Aún más importante que el número de habitantes es la población activa, convencionalmente comprendida entre los 15 y los 64 años. China e India suman conjuntamente el 40% de la población activa mundial. Mientras la mayor parte de esta población fue dedicada a labores poco productivas o de subsistencia, el desarrollo de ambos países fue muy limitado. El salto cualitativo de las economías respectivas se ha producido por el incremento de los sectores industriales y de servicios. Durante las últimas décadas, en China e India se ha producido un movimiento laboral sostenido de traspaso de capacidades entre un sector agrario inicialmente poco desarrollado y un sector industrial en permanente crecimiento. Este mismo proceso se produjo en Europa coincidiendo con las revoluciones industriales, lo que a su vez provocó las migraciones internas de las zonas rurales a las grandes ciudades. La singularidad del caso asiático es la dimensión de ese traspaso y el momento en el que se produce, coincidente con el recorte de puestos industriales en el mundo occidental.

China ha sido capaz de llevar a decenas de millones de trabajadores del campo a las factorías cada año a lo largo de las últimas tres décadas. Esto le ha permitido tener unos índices de crecimiento de PIB durante este período que superan el 10%, pasando de tener un peso en el producto bruto mundial del 2% en 1980 a casi el 15% a finales de esta década. El resultado más trascendental a nivel estratégico es que China se ha convertido en la segunda potencia económica mundial (1).

¿Por qué ahora?

Radical el cambio estratégico que se ha producido en un factor tan sencillo como es el de la población puede, aparentemente, contradecir la tradición histórica de la democracia asiática. Siempre Asia ha sido el

(1) Si se mide la riqueza a través de PIB en dólares corrientes, Japón mantiene este segundo puesto -aunque la previsión es que lo pierda en menos de dos años-; China ya es la segunda potencia mundial con el más significativo índice de paridad del poder adquisitivo (PPA).

continente más poblado y tanto India como China han sido gigantes demográficos. Por tanto habría que explicar el porqué se produce ahora este cambio tan trascendental.

Anteriormente se ha apuntado cómo la disposición de grandes poblaciones no siempre ha conllevado una garantía de poder y desarrollo. Los casos de China e India son antagónicos en su evolución histórica, pero crecientemente similares en su incorporación al mundo desarrollado. Mientras China ya era un imperio cuando Roma dominaba ambas orillas del Mediterráneo, el subcontinente indio estuvo políticamente fragmentado y sometido a un dominio colonial hasta mediados del siglo XX. A partir de ese momento, mientras la refundada China de Mao se convertía en la mayor dictadura de partido único, la India mantuvo –con enormes dificultades y claras peculiaridades– un sistema político que lo convierte en la mayor democracia del mundo. Por tanto, no es la tradición histórica ni el factor ideológico los que hacen marchar en paralelo a ambos países. Lo es su incorporación decidida y crecientemente influyente a la economía globalizada.

A partir de 1979 en China se produjo una creciente liberalización económica y una apertura hacia el exterior. La imposición de las tesis reformistas auspiciadas por Deng Xiaoping desde finales de los setenta, fueron la base para la profundización de las reformas por Jiang Zemin y la completa apertura hacia el exterior –patentizada en la incorporación a la Organización Mundial de Comercio en 2002– que encarna Hu Jintao. Con las exigencias inherentes al mantenimiento del sistema político dominado por el Partido Comunista Chino, se fue produciendo un paulatino decrecimiento del poder estatal sobre la economía sin utilizar los procedimientos de choque que en los años 90 se habían empleado en Rusia y Europa centro-oriental. Ha sido esa lenta graduación la que ha hecho que hayan persistido las empresas estatales hasta la actualidad, manteniendo un alto peso en la producción industrial (un 30% en 2007), conviviendo con una creciente presencia de la iniciativa privada, tanto exterior (China recibe casi el 5% de la inversión directa mundial) como, aun más significativamente, la generada en el interior.

De igual forma, en la India también se ha producido un importante cambio en la política económica, rompiendo con los preceptos de tiempos de Nerhu, basados en el proteccionismo y una gran regulación estatal. Si bien el crecimiento indio durante los años 70 apenas había superado el 1% anual y la década posterior alcanzó casi el 3%, no había servido para mejorar la situación de una buena parte de la población india: más

de la mitad de la población infantil padecía desnutrición, la mitad de la población adulta era analfabeta, nueve de cada diez hogares carecían de los servicios de saneamiento adecuados y para casi 1000 millones de habitantes había tan sólo seis millones de teléfonos instalados. Las cifras macroeconómicas no eran mejores: a comienzos de los años 90 la hacienda india se encontraba en una situación extrema a consecuencia del déficit fiscal. El gobierno salido de las elecciones de 1991, presidido por Narashima Rao (ministro con Indira Gandhi y su hijo Rajiv, al que sucedió al frente del partido del Congreso en plena campaña electoral tras haber sido asesinado), nombró como titular de la cartera de Finanzas a Manmohan Singh –actual presidente del Gobierno, desde 2004– que llevó a cabo una rápida transformación de las políticas económicas: se redujeron los obstáculos a la importación, abriendo a la inversión extranjera los sectores productivos, desregularizando la actividad empresarial, privatizando empresas públicas e invirtiendo infraestructuras. Aun con importantes obstáculos internos y un enorme peso de la inercia, las reformas fueron abriéndose paso y transformando amplios sectores de la producción industrial. El resultado de estas reformas ha permitido que la India haya mantenido en las últimas dos décadas un crecimiento del PIB del 6% en los años 90 y casi el 8% en la presente década.

El éxito de las transformaciones económicas de China e India no sólo ha restado virtualidad al crecimiento del resto de las economías asiáticas, sino que ha sido un factor que ha contribuido de forma directa a su incremento. Debe tenerse en cuenta que Japón, que venía de cifras de crecimiento del 4% anual en la década de los ochenta, padeció durante los años noventa una crisis de crecimiento motivada por la quiebra financiera y el pinchazo de su burbuja inmobiliaria, beneficiándose apenas del crecimiento global de los años dos mil, con cifras de crecimiento anual del PIB del 1,7%. Sin embargo, Japón ha mantenido su destacado puesto en la economía mundial; si bien todos los índices señalan su declinar respecto al ascenso chino, no ocurre lo mismo respecto a Estados Unidos o los países europeos. El resto de los tigres asiáticos aún refuerzan más este proceso de creciente trascendencia asiática en el mundo globalizado.

Ganadores de la globalización

Mientras en el mundo occidental durante los años noventa las tradicionales adscripciones ideológicas se revestían bajo los nuevos mantos de pro y antiglobalización, para unos y otros el proceso de integración de las economías a escala mundial suponía el triunfo de la economía de mercado

y de los planteamientos del capitalismo occidental. Aunque en la década presente las matizaciones sobre la globalización han sido mucho más amplias y sensatas, durante sus primeros años persistió la idea de que el proceso culminaba un movimiento de expansión de los principios políticos, sociales y económicos generados a lo largo de la contemporaneidad en el mundo occidental. Dos hechos de enorme trascendencia han puesto en evidencia dichas aseveraciones: por una parte se encuentra el atolladero de Medio Oriente, en el que no sólo Estados Unidos se encuentra atrapado sin estrategia de victoria ni salida, con una OTAN en Afganistán afrontando el mayor desafío de su historia y la prueba más difícil para su nueva dimensión de proyectora de seguridad a escala global. El segundo hecho decisivo es la gran crisis económica de 2008/09, cuyos efectos en el sistema financiero, la producción industrial y el mercado de trabajo se han visto mucho más acusados en las desarrolladas economías occidentales que en el resto del mundo, especialmente en el escenario asiático.

Con un enorme potencial técnico, en gran medida transferido a través de las empresas mixtas de las principales empresas internacionales, y un colosal mercado de mano de obra –y por tanto también de consumidores–, los países asiáticos en general y China e India en particular pueden ser los grandes beneficiarios de la desregulación del mercado comercial mundial. Si en un principio el crecimiento de la producción industrial se basó en artículos sin excesivo valor añadido, la transferencia de tecnología que ha conllevado la inversión exterior y la reinversión local de beneficios en investigación y desarrollo ha hecho que estos países puedan ya competir en los segmentos de más alta gama y mayor valor añadido. En el caso específico de China, la gran dimensión del tejido industrial permite además que convivan todos los niveles de producción, convirtiéndose de hecho en la «fábrica del mundo». Por su parte, la India ha encontrado en la industria informática y en la prestación de servicios unas posibilidades de crecimiento extraordinariamente competitivas.

En la desregulación de los mercados internacionales, auspiciada por la Organización Mundial de Comercio, se temió que conllevara la monopolización de las exportaciones en favor de los países ya desarrollados, condenando al resto a una economía de producción de materias primas y un lento –si no nulo– crecimiento nacional. Aunque en algunos escenarios esta previsión se ha cumplido, el incremento del precio de las materias primas, la transferencia de tecnología y la apuesta por nuevos nichos de producción ha transformado completamente el resultado del proceso liberalizador. Quienes más se han visto beneficiados han sido los países que

han sabido integrar sus sistemas de producción y comercialización con las demandas de los mercados internacionales; esto es tan válido para los grandes como para los pequeños sectores productivos, como lo patentiza en Asia China e India frente a Corea del Sur o Singapur, y en América Latina Brasil frente a Chile.

Sumado a este proceso se encuentran los efectos que, a medio plazo, tendrá la crisis global. La contracción del mercado financiero y el desplome de las expectativas creadas, a pesar de las enormes ayudas públicas en todos los países a sus sectores bancarios, han ocasionado y previsiblemente seguirán ocasionando en un futuro inmediato pérdida de confianza en el sistema y desmovilización de la inversión y el consumo. Para evidenciar hasta qué punto la economía china se ha homologado con la del resto del mundo desarrollado, tan sólo hay que observar la actuación del gobierno frente a los primeros efectos internos de la crisis. Con un Partido Comunista Chino que basa su legitimidad en el poder a través del constante desarrollo económico, sus propios dirigentes han calculado que resulta necesaria una tasa mínima de crecimiento que permita sostener los niveles de bienestar y hacer frente a las demandas de transferencia laboral entre el campo y la ciudad. Con un desarrollo económico basado fundamentalmente en las exportaciones, la contracción de la demanda externa ha hecho que a lo largo del último año se hayan cerrado miles de empresas y talleres en el país, lo que ha conllevado el despido de millones de trabajadores (muchos de ellos, recién llegados de zonas rurales para atender la sostenida demanda de mano de obra y que ahora se niegan a volver a sus lugares de origen, aumentando los problemas sociales de las ya saturadas grandes ciudades chinas). La respuesta gubernamental fue muy semejante a la de los Ejecutivos del mundo desarrollado: en noviembre de 2008 aprobó un paquete de ayudas por valor de 4 billones de yuanes (390.500 millones de euros), a los que hay que sumar los 7,4 billones de millones (722.500 millones de euros) concedidos en préstamos por los bancos estatales sólo en los seis primeros meses del año 2009. (2) El resultado final del proceso es que si China «sólo» creció al 6,1% en el primer trimestre de 2009, en el segundo ya crecía al 7,9% y en el tercero al 8,9%, lo que permitirá cerrar el año fatídico de 2009 con un crecimiento estimado del 8%. El caso de la India es diferente; alejada de la crisis gracias a su menor dependencia de las exportaciones y con un sistema bancario fuertemente regulado al que no le han afectado

(2) ANDREW JACOBS and BETTINA WASSENER: «China's Growth Picks Up Speed but Raises Concerns»; *New York Times*, 22.10.2009.

las convulsiones de sus colegas occidentales, su economía cerrará 2009 con un crecimiento del producto interior bruto de más del 6%. (3) Cualquier comparación con las economías occidentales resulta desalentador para éstas últimas, inmersas en su mayor parte todavía en plena recesión.

Si los países emergentes han sido los grandes beneficiarios de la globalización económica, India y sobre todo China están siendo los triunfadores de la *Gran Crisis*. La dinámica del proceso de expansión no ha sido alterada, lo que se está produciendo es una aceleración, superando las proyecciones realizadas hace un lustro y haciendo más explícita la proyección exterior de los grandes países asiáticos.

LA PROYECCIÓN EXTERIOR DE ASIA

Las transformaciones internas asiáticas, el desarrollo a lo largo de esta década de un fuerte regionalismo, el exponencial crecimiento de las exportaciones y la demanda de materias primas externas, la creciente presencia migratoria y la cada vez más habitual presencia de sus productos culturales en el mercado occidental son los principales instrumentos de proyección de la región hacia el exterior, aunque no los únicos.

Asia nunca ha sido un continente integrado. De hecho, ha sido el conjunto más rezagado en el desarrollo de plataformas de integración regional. No sólo desde el exterior, sino también desde el punto de vista de cada uno de los Estados miembros, Asia ha sido percibida como un conjunto de subregiones agregadas, con grandes diferencias étnicas, religiosas, ideológicas y económicas. Estas diferencias han hecho que a lo largo de la historia se multiplicarán los conflictos entre ellos y, sobre todo, se afianzarán una batería de estereotipos y prejuicios que han alcanzado el siglo XXI con plena vigencia. Sin embargo, la crisis financiera de finales de los años noventa hizo percibir a cada uno de los países de la región los peligros del proceso globalizador y las ventajas de contar con instrumentos supranacionales de coordinación y cooperación. Aunque la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) fue fundada en 1967, no fue hasta 1993 cuando acordó el establecimiento de una zona de libre comercio entre los Estados miembros. (4) Aunque la verdadera dimensión de coor-

(3) Neil Dennis: «India shares jump on economic growth hopes»; *Financial Times*, 12.10.2009.

(4) La ASEAN está integrada por Tailandia, Indonesia, Malasia, Singapur, Filipinas, Vietnam, Laos, Camboya, Brunei y Birmania.

dinación regional se consiguió con la reunión de las cumbres de la ASEAN a las que se sumaron China, Japón y Corea del Sur (ASEAN+3), posteriormente aún más ampliadas con la incorporación de India, Australia y Nueva Zelanda (ASEAN+6, ahora denominado cumbre de Asia Oriental). (5) La siempre discutible eficacia del sistema de Cumbres se encuentra muy lejos de los instrumentos de integración real –con transferencia de soberanía– existentes en otras regiones, especialmente en la Unión Europea; sin embargo, estas reuniones al máximo nivel no sólo sirven como ejercicio de auto representación de la región, sino que además es una extraordinaria plataforma de proyección exterior y articulación de acción conjunta.

De ese modo, de igual forma a como se ha producido con el concepto *Suramérica*, anteriormente de exclusividad geográfica, *Asia* está dejando de ser un mero escenario territorial para convertirse en un agente de actuación internacional.

La demanda de reformas en las instituciones internacionales

El sistema de instituciones multilaterales que estructuran y legitiman las relaciones internacionales a escala mundial tiene más de 60 años de vigencia. Siendo uno de los grandes logros alcanzados tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, también el sistema es hijo de su tiempo, manteniendo un retrato apenas variado sobre la realidad internacional del momento. Con el final de la Guerra Fría, durante toda la década de los años 90, fueron expuestos distintos intentos de reforma e incluso refundación, alcanzando el máximo nivel cuando el recién nombrado secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, presentó su Programa de Reforma. (6) El escaso apoyo de las potencias directamente beneficiadas por el mantenimiento del *status quo* hizo que los proyectos no alcanzaran más allá de los niveles administrativos, sin afectar a los centros de deliberación y

(5) La 15ª Cumbre de la ASEAN y 4ª Cumbre del Asia Oriental se celebraron del 23 al 25 de octubre de 2009 en la turística ciudad de Hua Hin, en Tailandia, bajo el lema «Mejorar la conectividad y dar poder a los pueblos». Las discusiones se centraron en la complementariedad de las medidas y programas de reacción ante la crisis; también fue presentada la Comisión Intergubernamental de la ASEAN sobre Derechos Humanos, se adoptó una declaración sobre el cambio climático -tratando de unificar las posturas regionales ante las negociaciones que se llevan a cabo en la Convención Marco de la ONU sobre el Cambio Climático (UNFCCC, siglas en inglés)-. Por último, se dio a conocer una declaración sobre educación para avanzar hacia una «Comunidad de la ASEAN».

(6) Informe del Secretario General: *Renovación de las Naciones Unidas: un programa de reforma*; A/51/950, 14.07.1997. <http://daccessdds.un.org/doc/UNDOC/GEN/N97/189/82/IMG/N9718982.pdf?OpenElement>

decisión. Al final de la primera década del siglo XXI lo que no se hizo de forma ordenada y desde una posición de poder podría necesitar realizarse de forma obligada y desde posiciones mucho menos ventajosas.

El sistema de Naciones Unidas y el conjunto de los organismos internacionales directamente vinculados o paralelos reflejan una realidad muy distinta a la actual; pero sobre todo radicalmente distinta, en cuanto al reparto del poder, a la que se percibe como muy probable en un futuro inmediato. El ascenso conjunto de Asia, y de China e India en particular, obliga a la construcción de un nuevo sistema de gobernabilidad global, donde se atiendan las demandas de participación representativa de las nuevas potencias. Si esta reforma o refundación no se produce, se estará prescindiendo de instrumentos eficaces para solucionar los previsibles conflictos de intereses que el nuevo balance de poder desencadenará.

El organismo con más visibilidad de poder mundial es sin duda el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Su composición retrata fielmente la situación de la posguerra mundial, muy alejada de los poderes reales hoy existentes. Su reforma ha sido uno de los caballos de batalla desde el final de la Guerra Fría, pero los intereses para sostener la situación actual son tan importantes que no se ha avanzado absolutamente nada. La paradoja se produce cuando se evidencia que la oposición más firme no proviene tan sólo de las antiguas potencias coloniales europeas, victoriosas de la segunda Gran Guerra, Gran Bretaña y Francia, pero con una dimensión actual mucho menos significada e influyente; ni siquiera de la antigua superpotencia devenida en la recortada Rusia; el obstáculo principal para alcanzar una mayor representatividad asiática lo mantiene la propia China. Tanto India como Japón han explicitado su deseo de alcanzar estatutos de miembros permanentes del Consejo de Seguridad (su reforma forma parte del «diálogo estratégico» mantenido entre ambos países en los últimos años), lo que sin duda daría un grado de representación del Consejo hacia el continente de enorme calado. Ante estos proyectos China ha mostrado una clara oposición, explícita ante las pretensiones japonesas y sin mayor entusiasmo en el caso indio, a pesar de que el asunto forma parte de las cumbres bilaterales entre ambos países. La necesaria reforma del Consejo de Seguridad, de forma armónica con el conjunto de la Organización de Naciones Unidas, deberá buscar un mayor nivel de representación legitimadora; para el ámbito asiático, la integración de India y Japón no sólo alcanzaría este objetivo sino que rebajaría la pretensión de China de convertirse en portavoz único de los intereses continentales.

Una situación semejante se produce en las instituciones económicas internacionales; surgidas del congreso de Bretton Woods, las dos columnas que soportan el sistema allí nacido son el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Ambas instituciones han estado controladas por estadounidenses y europeos (que de hecho, y en este orden, se han repartido tradicionalmente sus presidencias), con muy poca participación del resto del mundo y de forma significativa de los países asiáticos. Esto está en flagrante contradicción con la situación económica actual y, muy especialmente, con el estado mundial de las reservas de divisas; (7) Japón y China son los máximos tenedores de reservas y, para el conjunto asiático este elemento es sencillamente extraordinario: las tres cuartas partes de las reservas mundiales están en manos de países asiáticos. China se ha convertido en el máximo tenedor de reservas mundiales; terminó el año 2006 siendo el primer país que acumulaba más de 1 billón de dólares en reservas; en julio de 2009 superó por primera vez los dos billones de dólares, cerrando el tercer trimestre del año con la cifra récord de 2,27 billones de dólares. (8) Además de las extraordinarias implicaciones que esto tiene para el resto de los países, muy especialmente para Estados Unidos, (9) inevitablemente debe ser tenido en cuenta para reconocer al país la representatividad que su dimensión demanda. En caso contrario se perderá un colosal aliado y se facilitará la generación de proyectos alternativos, como la creación de un Fondo Monetario Asiático, en la actualidad en vías de estudio.

A un tercer nivel se encuentran las instituciones reguladoras de los intercambios comerciales internacionales. La Organización Mundial del Comercio, como buena heredera del GATT, mantiene unas direcciones repartidas entre estadounidenses y europeos, con muy escasa participación activa de los países asiáticos, a pesar de que el tailandés Supachai Panitchpakdi tuvo la dirección a comienzos de la década (retornando de nuevo la presidencia en 2005 a Europa, en la persona del francés Pascal Lamy). El gran crecimiento de la producción industrial y, de forma aún más destacada, la centralidad de las exportaciones en la mayor parte de la economía asiática hacen de la región una primera potencia comercial;

(7) M. S. Mohanty, P. Turner: *La acumulación de reservas de divisas en mercados emergentes: implicaciones locales*; Informe Trimestral del BPI (Bank for International Settlements), septiembre de 2006. http://www.bis.org/publ/qtrpdf/r_qt0609esp_f.pdf

(8) "Strong China Trade, Loan Figures Back Recovery Case"; New York Times, 14.10.2009.

(9) Paul Krugman: «America's Chinese disease (not quite what you think)»; New York Times, 25.10.2009.

China y Japón ocupan los puestos segundo y cuarto de mayores exportadores mundiales, mientras el crecimiento de sus demandas de materias primas –sumadas a la del conjunto de la región– han desequilibrado el mercado mundial incrementando sustancialmente sus precios y líneas de distribución. En consecuencia, el principal papel desempeñado por el comercio asiático a escala global debe ser reconocido e integrado dentro de las instituciones internacionales que fomentan la cooperación internacional en estos ámbitos, de forma singular en la OMC.

Un último escalón extraoficial pero enormemente representativo, ajeno a las rigideces de las instituciones intergubernamentales, es el G-7; básicamente, un grupo de ingreso restringido para la deliberación sobre los principales asuntos políticos y económicos a escala global. Este club exclusivo fue confeccionado de forma restrictiva por países occidentales industrializados, con un valor de representatividad limitado aunque con un grado de influencia muy alto. Para que ésta fuera mayor y especialmente para incluir otras percepciones de la realidad internacional ajenas al modelo original, ya a mediados de los años 90 se integró Rusia y a partir de 1999 se conformó el mucho más representativo G-20, donde además de Japón se incluye China, India, Indonesia y Corea del Sur. Las cumbres extraordinarias del G-20 celebradas en Washington, Londres y Pittsburgh, reunidas para hacer frente a los efectos de la gran crisis y coordinar las ayudas internacionales, presenciaron la entrada de países invitados hasta conformar un conjunto aún más representativo pero cada vez menos operativo. Por esta razón hay propuestas para la generación de nuevas estructuras de deliberación al máximo nivel, como el G-4 (integrado por los representantes de la Unión Europea, Estados Unidos, China y Japón) que integraría las nueve economías más importantes del mundo.

Siguiendo este ejemplo, las instituciones internacionales que probaron en las décadas pasadas su utilidad (aunque siempre se les exigieran objetivos mucho más ambiciosos de lo que la Carta o los respectivos estatutos permitían) deben afrontar una reforma para adaptarse a una realidad internacional muy distinta al del momento de su fundación. Si los vectores que se han mantenido en las tres últimas décadas persisten a grandes rasgos durante las tres siguientes, el conjunto de Asia se conformará en el principal polo de poder. No cabe esperar que se permita la subsistencia de unas instituciones ajenas, dirigidas por otros, con responsabilidades globales, que no reconozcan en su seno el grado de responsabilidad que debe desempeñar el conjunto asiático.

La presión global de las importaciones asiáticas

El crecimiento económico de los países asiáticos y su escala en los principales índices de producción mundial tienen como efecto directo el incremento exponencial en la demanda de materias primas, tanto de transformación como energéticas y alimentarias. Este incremento de la demanda no ha sido acompañado de un aumento de la producción de materias primas, lo que de forma directa ha ocasionado una subida muy significativa de los precios.

Desde el año 2002 el precio de las materias primas mantuvo una carrera alcista durante seis años consecutivos. La inestabilidad en Medio Oriente, el incremento del uso de biocombustibles, la entrada de poderosos inversores de mercados especulativos en un sector tradicionalmente conservador, y muy especialmente el incremento de la demanda proveniente de los países asiáticos hicieron que los precios de la energía, alimentos, minerales y metales alcancen unos records históricos.

El caso extremo de incremento de la demanda ha sido el de China. Desde hace un lustro, China ha desbancado a Estados Unidos como principal consumidor de cemento, aluminio, carbón, hierro, grano y carne; tan sólo en el consumo de petróleo Estados Unidos sigue aventajando de forma clara a China, si bien su mayor parte tiene como objetivo final el consumo doméstico. El crecimiento industrial y el aumento del consumo chino, multiplicado por el tamaño de su mercado, suponen un enorme desafío de adaptación para el país y para la comunidad internacional. Desde hace años se viene afirmando que su ritmo de crecimiento y especialmente el incremento del consumo de materias primas procedentes del exterior son difícilmente sostenibles. Con ser trascendentes todos los campos, de forma crecientemente estratégica lo es el mercado energético. En el período 1980-2000 China cuadruplicó su PIB mientras sólo multiplicaba por dos su consumo energético; sin embargo, a lo largo de la presente década y a pesar de la escalada de precios energéticos, el aumento del consumo de energía en China ha superado el incremento del PIB. Las proyecciones no son en absoluto halagüeñas: los 26 millones de vehículos que constituye el parque móvil actual en China podrán multiplicarse de tres a cinco veces en las dos próximas décadas, lo que producirá una multiplicación de la demanda petrolífera además de aumentar los problemas de contaminación ambiental. Aunque en China hablar de energía es, como en el resto del mundo, hablar de petróleo, buena parte de su colosal producción energética está basada en la quema de carbón, lo que a su vez deriva en un rosario de problemas medio ambientales.

Repercusiones estratégicas

La puesta en valor de las capacidades humanas para la conformación de los grandes tejidos industriales y de negocios y de importantes mercados de consumidores, el desarrollo productivo a todos los niveles y su comercialización en todo el mundo, el aumento exponencial de abastecimiento de materias primas o la creciente acumulación de reservas de divisas son fenómenos por sí mismos de una enorme trascendencia que dibujan la nueva cara de Asia ante el resto del mundo. Estos cambios conllevan inexorablemente un desplazamiento de los centros de poder hacia la región, lo que tiene como consecuencia unas repercusiones estratégicas de alcance global.

Dentro del conjunto de repercusiones estratégicas destacan de forma singular la seguridad internacional y el balance de poder regional y global. Dado que los trabajos de este volumen se ocuparán específicamente de estos temas, aquí serán examinadas las repercusiones que para otras regiones tiene la emergencia de Asia como fundamental agente global.

Estados Unidos: ¿el fin del liderazgo continental?

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial el principal actor regional en Asia ha sido Estados Unidos. A pesar de los retos a su hegemonía que supuso el establecimiento de la República Popular China, las guerras de Corea y Vietnam o la vinculación de India a la esfera soviética, Estados Unidos ha mantenido durante seis décadas una capacidad de influencia y poder de disuasión sobre la región sin parangón con ningún otro actor internacional. Paradójicamente, fue con el final de la Guerra Fría y la emergencia de Estados Unidos como única superpotencia cuando el escenario asiático comenzó a cambiar su cuadro de interrelaciones. Los dos motores principales de ese cambio han sido el propio crecimiento económico de la región y el cambio estratégico de China, que cuestiona el liderazgo regional estadounidense y obliga al resto de actores regionales a repositionarse respecto al nuevo escenario estratégico.

La conmemoración del 60 aniversario de la Revolución fue festejada en Beijing con el «mayor desfile militar de la Historia», en vehemente declaración de las autoridades de una China que pretendía mostrar al mundo una imagen muy distinta, pero complementaria, a la que enseñó con ocasión de los Juegos Olímpicos celebrados un año antes. Más allá de las marciales coreografías en technicolor, lo realmente importante fue el modo en que se explicitó que las fuerzas armadas chinas han superado la apuesta fundamental por

la dimensión numérica para, apostando por la cualificación y la tecnología, desarrollar unas altas capacidades de disuasión que exceden con mucho la autodefensa. En esta dimensión, las estrellas del desfile fueron los misiles de corto alcance (DF-11 y DF-15), alcance medio (DH-10, capaces de alcanzar cualquier punto de Taiwán), guerra naval (proyectiles anticrucero YJ-83 y misiles Dongfeng 21-D) y de forma muy destacada los misiles intercontinentales DF-31, capaces de alcanzar todo el territorio estadounidense. Ausente del desfile por obvias razones, la armada china se encuentra en profundo proceso de transformación, desarrollando una flota de profundidad que, en el escaso tiempo de un lustro, la convertirá en la segunda armada mundial. Aunque lo que los telespectadores más percibieron (el desfile fue concebido para ser visto por televisión dentro y fuera del país, encargándosele la retransmisión al cineasta Zhang Yimou, quien ya probara su eficacia en la apertura y cierre de los JJ.OO.) fueron los milimétricos pasos de las distintas unidades del Ejército, el más grande del mundo. En su conjunto, el Ejército de Liberación Popular tiene 2,3 millones de soldados, la inmensa mayoría de Tierra; para el desarrollo de su defensa, China ha ido incrementando su presupuesto más del 10% anual a lo largo de la última década. El pasado marzo se hizo público un incremento para el presente año del 15%, hasta alcanzar oficialmente los 48.639 millones de euros, si bien los informes del Pentágono multiplican estas cantidades por tres. Una mínima parte de este presupuesto servirá para pagar la incorporación de 180.000 licenciados universitarios que comenzarán a incorporarse a las distintas unidades a partir del 1 de noviembre de 2009, con el explícito objetivo de elevar el nivel medio de las fuerzas armadas, pero con la más plausible misión de procurar un salto cualitativo en la tecnificación en los departamentos más estratégicos.

Con ser todo lo anterior muy determinante, la capacidad de influencia de China sobre Asia y su desafío al liderazgo regional de Estados Unidos no se circunscribe a los medios militares. Beijing es el máximo tenedor de bonos del Tesoro estadounidense, superando en 2008 las reservas japonesas; en marzo de 2009 alcanzó la cifra record de 740.000 millones de dólares. De igual forma, los intercambios comerciales entre China y Estados Unidos han aumentado al ritmo de crecimiento de las capacidades de producción y las demandas de China, favorecidos por la mutua reducción de las tasas aduaneras y las inversiones de empresas estadounidenses, de modo muy singular de las tecnológicas. Ninguno de los dos países sería beneficiario de una ruptura de tan privilegiadas relaciones; la mera tenencia de tal cantidad de bonos ha hecho que China –y en buena parte el resto de grandes potencias económicas asiáticas, especialmente Japón, Corea del Sur y Taiwán– sea el principal sostenedor del déficit estadouni-

dense. La capacidad de retorsión de Estados Unidos frente a China queda así muy reducida, mientras Beijing sería damnificado por una inestabilidad de la moneda estadounidense.

El resto de los grandes países asiáticos ha debido de rediseñar su política regional al compás de estos cambios estratégicos y la explícita vocación china de convertirse en la gran potencia regional. El rearme chino ha tenido como consecuencia directa el replanteamiento de la política militar japonesa, incrementando su inversión castrense, reforzando su alianza defensiva con Estados Unidos y abriendo el debate sobre un tema tabú en la política nipona, la dotación de armamento estratégico nuclear. Corea del Norte por su parte, ha reducido sustancialmente el número de soldados estadounidenses en su territorio, alcanzando una autonomía en su defensa desconocida desde el fin de la guerra; al tiempo que contempla el mercado chino como la gran oportunidad para el sostenimiento de su crecimiento económico. La India se ha convertido en el principal socio estadounidense, siendo en la actualidad el país que recibe la mayor transferencia de tecnología nuclear de uso civil. Además de acuerdos bilaterales con otros países de la región, esta suerte de *línea Maginot* para contener el expansionismo chino es completada con el importante refuerzo de la presencia militar estadounidense en Filipinas.

Más allá de las maniobras estadounidenses para tratar de limitar las aspiraciones de liderazgo regional chino, resulta destacable la multiplicación de relaciones bilaterales y el nivel de las mismas que se ha desarrollado en los últimos años. Conocedor del peligro que entrañaría la consolidación en los países de la región de la idea de la «amenaza china», el gobierno de Beijing ha redoblado sus esfuerzos para mantener una diplomacia de alto nivel que disipe los temores a la vez que socializa la idea del desarrollo armónico a través de los sistemas de cooperación.

La creciente excentricidad europea

El reforzamiento del eje Pacífico tiene como consecuencia directa la disminución del peso internacional de Europa. A pesar de que en todos los índices económicos la Unión Europea en su conjunto aparece en primer lugar, la actividad internacional de sus Estados miembros y la percepción del resto de potencias debilitan su visualización como conjunto.

La Unión Europea es la primera potencia económica mundial; tiene el más alto PIB (tanto en dólares constantes como en PPA), es el mayor exportador de mercancías (41% mundial) y de servicios comerciales (38%),

el principal inversor directo (50%) y el mayor mercado mundial de consumo. Todo ello le permite además disfrutar de niveles de bienestar y protección social desconocidos en el resto del mundo. A pesar de ello, la Unión Europea dista mucho de ser considerada una gran potencia, a pesar de ser el principal inversor en cooperación al desarrollo y ayuda humanitaria. Buena parte de la responsabilidad de esta falta de percepción radica en la misma Unión; en primer lugar, a nivel comunitario no se han sabido desarrollar los mecanismos de proyección exterior más visibles y eficaces; pero sobre todo, es la actuación exterior de sus principales Estados miembros la que dificulta de forma extraordinaria la visualización de Europa como unidad, mucho menos como potencia considerable y decisiva.

Buena parte del nivel que Europa pueda alcanzar en la escena internacional del siglo XXI se decide en sus relaciones con los poderes emergentes asiáticos. Hace unos años el anterior vicesecretario de Estado de Estados Unidos, Robert Zoellink, señalaba que la suerte de la política internacional sería dilucidada en el posicionamiento que Europa y Estados Unidos tuvieran en relación a China: coordinación de actuaciones o disputa de influencias. Washington resolvió la ecuación articulando una doble política específica hacia el gigante asiático, de contención y cooperación, sin esperar a conocer el posicionamiento europeo.

Ya en el Consejo Europeo de Essen (diciembre de 1994) se aprobó un primer documento, *Hacia una nueva estrategia para Asia*, que marcaría la pauta de las relaciones europeas hacia China, culminadas en las cumbres anuales bilaterales desde 1998. Desde entonces el rosario de cumbres, termómetro para medir la profundidad y ambición de la diplomacia bilateral, se han centrado fundamentalmente en ámbitos económicos y comerciales, quedando muy relegados los temas políticos y sociales (por la creciente imposición china ante el persistente énfasis europeo sobre los derechos humanos). En consecuencia, son en los montos de los intercambios comerciales donde al final puede medirse la influencia mutua. Entre 2000 y 2008, las exportaciones de la Unión Europea hacia China aumentaron desde los 35.000 millones de dólares a los 106.300 millones, mientras las ventas de China a la UE pasaban de 102.000 millones de dólares a 337.000 millones; China es el segundo mayor socio comercial de la Unión Europea, que a su vez se ha convertido en el principal importador mundial de productos chinos, superando en 2008 a Estados Unidos. (10)

(10) John Fox, Francois Godement: *Power Audit of EU-China Relations*; European Council on Foreign Relations; April, 2009. http://ecfr.3cdn.net/532cd91d0b5c9699ad_ozm6b9bz4.pdf

Por más que su crecimiento sea el factor más determinante en los cambios estratégicos globales hacia la región, China no es toda Asia. Pero tener una sólida política hacia China sin duda ayudará a reforzar la presencia europea en el conjunto. De igual modo, las relaciones con India pueden ser relevantes. Desde 1993 se establecieron relaciones institucionales y un año después se alcanzó el Acuerdo de Cooperación, que básicamente se estructuró en ayuda al desarrollo. Desde 2004 este país está considerado como «socio estratégico» para la Unión Europea y dos años después la Comisión aprobó el Plan Estratégico, centralizando las actuaciones de cooperación, pero ya introduciendo elementos políticos, comerciales y medioambientales. (11)

Si bien los débiles índices de crecimiento europeos acortan constantemente las diferencias respecto a los poderes emergentes y la dinámica demográfica anuncia un estancamiento de la población europea, la situación actual no puede ser considerada ni desde el punto de vista optimista del mantenimiento del status quo, ni del fatalista de incapacidad de reacción ante los cambios en marcha. El mundo del siglo XXI no sólo será heredero de una vigésima centuria que ha mantenido en territorio europeo buena parte de la atención mundial, sino que será conformado por fuerzas y decisiones estratégicas que lo harán muy distinto. Y Europa no está precisamente carente de fuerzas ni de capacidad decisiva.

El lugar destacado que los más importantes países europeos han tenido en las instituciones internacionales no podrá ser mantenido ante la acometida que suponen los grandes cambios estratégicos que conlleva la emergencia del poder asiático. Pero su significación puede alcanzar el máximo nivel si se estructura como representación del conjunto y no como agregado de las partes. Si los países europeos en sí mismos ya están perdiendo buena parte de relevancia, la capacidad de influencia europea puede ser determinante para garantizar la gobernabilidad global.

La presencia asiática en América Latina y África

El éxito que supone el crecimiento económico asiático puede ser contemplado como un modelo pero también como una amenaza para los mercados emergentes. De forma muy destacada, la demanda de materias primas latinoamericanas y africanas ha supuesto un enorme estímulo a las

(11) Country Strategy Paper 2007 – 2013. http://ec.europa.eu/external_relations/india/csp/07_13_en.pdf

economías locales, a la vez que un claro desafío para sus industrias manufactureras. En todo caso, el crecimiento de la demanda asiática resulta directamente beneficioso en la medida que supone un estímulo para las exportaciones de unos países que mantienen la mayor parte de sus ingresos fiscales y sus reservas de divisas vinculadas a las materias primas.

Aunque la presencia de algunas economías asiáticas tiene décadas de historia, ha sido el incremento exponencial de la presencia china en ambas orillas del Atlántico lo que ha desencadenado un enorme cúmulo de expectativas, pero también ha alertado sobre sus consecuencias.

Desde finales de la década de los noventa la presencia de China ha crecido constantemente en América Latina, fruto de un cambio estratégico tan meditado como meticulosamente ejecutado. Durante la última década Beijing ha mantenido un programa de visitas diplomáticas de los principales dirigentes políticos y gubernativos a la mayor parte de los países latinoamericanos. En buena medida como respuesta a los movimientos del gobierno taiwanés, que desde mediados de los años 90 diversificó sus mercados proveedores de materias primas incluyendo América Latina, los dirigentes chinos desarrollaron una actuación mucho más amplia y ambiciosa. Que este incremento de la actividad diplomática haya coincidido con una clara disminución del interés estadounidense por una región que ha considerado tradicionalmente como área de influencia exclusiva no resulta nada casual. Como tampoco lo es que China haya desarrollado el mayor centro de estudios sobre América Latina, justo cuando en Estados Unidos las universidades y centros de investigación postergan su atención sobre el subcontinente.

Desde el año 2000 al 2008, el intercambio comercial entre China y América Latina se ha multiplicado por siete (en el mismo período, el comercio entre Europa y China se multiplicó por tres), sin haber sido especialmente afectado por la crisis internacional, lo que evidencia tanto las grandes posibilidades encontradas por ambas partes como la dirección de un vector que continuará en aumento. El principal objetivo de la atención china sobre América Latina se encuentra en la obtención de materias primas con la que alimentar su creciente demanda de energía y minerales. Más allá del establecimiento de contratos de compra a largo plazo, la estrategia china de Comercio Exterior incide en las inversiones. En los últimos años China ha suscrito acuerdos con los principales países de la región (Argentina, Chile, Brasil, México y Venezuela) por un monto conjunto superior a los 80.000 millones de dólares. La estrategia china es múltiple, manteniendo relaciones bilaterales prioritarias con Brasil y Venezuela, estableciendo

vínculos con los bloques del Mercosur, la Comunidad Andina de Naciones y CARICOM, y aspirando a establecer vínculos globales con la región de igual forma que lo realiza la Unión Europea. (12)

De especial relevancia resulta la diplomacia energética desplegada hacia el subcontinente. Aunque China tiene importantes contratos a largo plazo suscritos con los principales proveedores de petróleo de Medio Oriente, su evaluación sobre la inestabilidad de la región ha aconsejado la diversificación de las fuentes de recursos, alcanzando acuerdos estratégicos con regiones tan dispares en África (Nigeria y Sudán) y Asia Central (Kazajstán). Dado que América Latina es exportador neto de productos energéticos primarios, China ha concentrado su atención en los más importantes proveedores: Brasil, Venezuela, Perú y Ecuador. Los acuerdos alcanzados con cada uno de ellos son muy distintos: mientras que de Brasil tan sólo obtiene explotación de crudo, en Venezuela y Perú sí ha realizado ya importantes inversiones en tecnologías para proyectos conjuntos, pretendiendo multiplicarlas a lo largo de la siguiente década. Aunque en Perú la *China National Petroleum* ha inyectado ya más de 63 millones de dólares en el campo de Talara, las inversiones más importantes hasta la fecha han sido realizadas en Venezuela, con 358 millones de dólares en los campos de Caracoles y norte de Intercampo, así como en la franja del Orinoco, a través de la China National Oil and Gas Exploitation and Development Corporation (CNODC).

No resulta casual que las crecientes dificultades encontradas por las compañías estadounidenses en Venezuela contrasten vivamente con el crecimiento de la inversión china; los intereses energéticos de Washington en la región se están viendo crecientemente comprometidos, favoreciendo la mayor presencia china. En la mayor parte de los países de la región, con cambios ideológicos trascendentes en sus gobiernos a lo largo de toda la década, se han creado expectativas a consecuencia de la debilidad del liderazgo estadounidense. La multiplicación de referentes externos y el secular deseo de desprendimiento de tutelas ajenas hacen que la mera presencia comercial china sea percibida como una alternativa plausible para hacer descender la capacidad de influencia proveniente del Norte. (13) El pragmatismo del que ha hecho gala la diplomacia económica china

(12) Javier Santiso (coord.): *The Visible Hand of China in Latin America*, OCDE, 2007. http://www.oecd.org/document/8/0,3343,en_2649_33973_38434504_1_1_1_1,00.html#Contents

(13) Martín Pérez Le-Fort: *China y América Latina: estrategias bajo una hegemonía transitoria*. Nueva Sociedad 203, pp. 89-101. http://www.nuso.org/upload/articulos/3353_1.pdf

no excluye en absoluto la posibilidad de que Beijing aproveche la coyuntura para alcanzar un mejor posicionamiento como actor global.

Un caso paralelo, pero distinto por las características de la región, es el que se ha producido en África. Políticos e intelectuales africanos están divididos sobre las posibilidades y consecuencias de un crecimiento de la atención asiática sobre el continente. Mientras unos ven las enormes posibilidades que supone el incremento de los intercambios comerciales, e incluso las posibilidades de emular el modelo de crecimiento asiático, otros ven la mano depredadora de un neocolonialismo de nuevo cuño ejercido con una asepsia pragmática que no atiende a otros índices que el beneficio económico. El continente que fuera explotado durante siglos por las potencias europeas, y que goza de unos Estados con una historia independiente muy reducida, se encuentra en la incertidumbre de optar por las bondades que arrojan los datos macroeconómicos o repensar el sistema de relaciones con los nuevos poderes emergentes. (14)

Como en el caso de América Latina, la presencia asiática es de larga data, especialmente la India en el África Austral y la japonesa en las últimas décadas. Pero sin duda ha sido la entrada de las compañías chinas la que ha hecho despertar tanto expectativas como temores. Sin embargo, la presencia china en África es todavía menor y con una gran disparidad entre las partes. Todo el continente africano no alcanza a absorber el 3% de las exportaciones chinas y sus inversiones en el conjunto de los países no supera el 10% de las realizadas en todo el mundo, siendo tan sólo poco más del 3% de las inversiones directas externas realizadas en África. Pero lo realmente significativo son los vectores de esta presencia. El volumen de los intercambios bilaterales entre el año 2001 y 2006 se habían multiplicado por siete (por 20 si se toman las cifras de 1995), mientras que la inversión china en África pasó de unos testimoniales 10 millones de dólares en el año 2000 a los 1.180 millones en 2005. En conjunto, China ya era en el 2004 el tercer socio comercial de África tras Estados Unidos y Francia, desbancando del segundo lugar a ésta en 2007. (15)

Los mercados africanos se han visto inundados con los productos chinos del menor valor añadido, mientras que su demanda se concentra en los recursos mineros, fundamentalmente petróleo, que supone las tres

(14) Robert I. Rotberg: *China into Africa: Trade, Aid, and Influence*; World Peace Foundation, 2008.

(15) Checa-Artasu, M.: «¿Que quiere China de África?», Observatorio de la Economía y la Sociedad de China, 08, septiembre 2008. <http://www.eumed.net/rev/china/08/mca.htm>

cuartas partes de las exportaciones africanas hacia China, proveniente de países como Angola, Sudán y la República del Congo. Con un monto mucho menor se encuentran las importaciones de hierro, algodón, madera y piedras preciosas, extraídos de Benín, Chad, Mali y Burkina Faso.

La cada vez más notable presencia china en África ha generado un amplio debate sobre sus propiedades y consecuencias, tanto en el interior del continente como entre los analistas internacionales. A grandes rasgos este debate arroja tres grandes ideas. Por una parte se encuentra la apreciación de la situación china sobre el continente como una emulación de las peores prácticas europeas del siglo XIX: la ávida búsqueda de materias primas al menor precio se complementa con la búsqueda de un mercado para sus productos manufacturados, sin importar las consecuencias sociales y medioambientales de esta práctica depredadora. Frente a esta crítica posición se encuentran quienes perciben la creciente actuación china –y asiática en general– como una enorme oportunidad para multiplicación de la demanda y como ejemplo a seguir para el desarrollo de las economías locales. De forma independiente a las dos posturas anteriores, sin entrar en consideración sobre los propósitos finales de esta actuación, una tercera interpretación incide en la falta de ética de los planteamientos comerciales chinos, aplicando un pragmatismo que no diferencia la legitimidad de los regímenes ni los medios de producción utilizados para la consecución de los productos de exportación, llegando a acuerdos con gobiernos calificados de corruptos por buena parte de la comunidad internacional a consecuencia de su ataque a los derechos humanos y la ejecución de graves actuaciones contra el medio ambiente.

CONCLUSIONES: EL SISTEMA DE *EASTPHALIA*

A lo largo de este trabajo se han visto las razones que sustentan el ascenso del conjunto asiático en el escenario global y los cambios estructurales que motivan su incorporación, se han analizado los principales instrumentos de proyección hacia el resto del mundo y se han estudiado las repercusiones estratégicas que tienen para las principales regiones. Del conjunto de este proceso se extrae la idea general de una transferencia de influencia y un desplazamiento de los centros de poder hacia la región. Este es un cambio trascendente de repercusiones históricas, cuyas consecuencias marcarán el siglo XXI. De cómo asimile el resto de la comunidad internacional estos cambios depende en buen grado la estabilidad global de las próximas décadas.

Si tenemos en cuenta cómo se ha solucionado en ocasiones anteriores la aparición de nuevos poderes y su adaptación al sistema existente en su momento se comprenderá la incertidumbre creada: los cambios de hegemonía siempre han sido dilucidados en los campos de batalla y el resultado de la contienda ha determinado las características del sistema de relaciones internacionales salido del conflicto. Pero la fatalidad no está dictada en el signo de la evolución humana y, muy destacadamente, las relaciones supra e internacionales del siglo XXI –como la propia sociedad global en la que se basan– son muy distintas a las habidas en la modernidad, con la permanente rivalidad de las monarquías absolutas, incluso de los siglos XIX y XX, donde las ideologías y las identidades se superpusieron a las necesidades de desarrollo. Pero entre el pesimismo naturalista de Hobbes y el racional optimismo kantiano, no hay que dar por definitivo un triunfador, máxime desarrollándose en un sistema donde no hay estos definitivos.

El incremento del peso económico asiático lleva consigo el ascenso de su poder político y militar. Las sólidas bases en las que se asienta este crecimiento hacen que las coyunturas adversas tan sólo puedan reducir o retrasar su dimensión, pero nunca revertir la dinámica ya marcada. Y esta dinámica evidencia su hegemonía para mediados del siglo XXI. Los nuevos poderes asiáticos difícilmente aceptan ya la prolongación de un orden internacional dictado y dirigido por potencias ajenas, cuando no contrarias; resulta previsible el incremento de su presión para transformar ese orden o construir uno nuevo. Y en esa transformación podrá encontrarse la paradoja histórica del redescubrimiento del sistema westfaliano.

El Tratado de Westfalia (1648) fue el más influyente de la modernidad, llegando sus repercusiones hasta el presente. Tras una *guerra caliente* de 30 años se derrumbó el proyecto medieval europeo de un imperio universal, que basaba su legitimación en las tradiciones de un imperio –el romano– y en la bendición de una Iglesia –la Católica–. El sistema westfaliano surgido a partir de ese momento estaba sustentado en la completa soberanía –independencia– de unos Estados que en su conjunto eran superiores en poder al imperio. La ruptura de un principio de universalidad y su sustitución por las peculiaridades de los Estados modernos llevó consigo también la sustitución del concepto medieval de moral universal por el del interés nacional sustentado en la razón de Estado. Para conseguir el desarrollo armónico de estos Estados, sin ninguna otra superioridad arbitral mediadora, resultó necesario levantar la doctrina del equilibrio de poder; a la larga, el equilibrio de poder acabó concibiéndose como la forma natural

de las relaciones internacionales, imperante en toda circunstancia y contingencia, «el principio rector del orden mundial» en palabras del propio Henry Kissinger. Debe recordarse por último que el desarrollo del sistema westfaliano no fue el producto de decisiones meditadas de los principales agentes internacionales de la época, sino que en realidad fue consecuencia de la pretensión de poder por parte de unos Estados europeos bajo monarquías absolutistas.

¿Es posible que después de una *guerra fría* de 35 años, cuando aparentemente ha triunfado una única superpotencia –imperio–, legitimada por la imposición definitiva de la democracia liberal y la economía de mercado como unívoco sistema universal, acaben imponiéndose un rosario de potencias menores –Estados nacionales de economía global– que enarbolan los principios de soberanía nacional y no injerencia en asuntos internos?

Por supuesto que la perspectiva asiática de estos principios, elevados a categoría de dogmas por el sistema westfaliano, presenta características propias. Pero resulta paradójico que sean nuevos o re-creados Estados los que vengan a recordar a los más antiguos Estados modernos la primera base de su legitimación; base subsumida en el devenir del siglo XX por principios de carácter universal como la democracia, los derechos humanos o la libertad de los mercados; y base definitivamente superada por la ambivalencia postmoderna, la transferencia de soberanía, la primacía del individuo como sujeto histórico, el énfasis en la multiculturalidad y el definitivo triunfo del relativismo. Frente a esta evolución del sistema postwestfaliano, los nuevos poderes asiáticos erigen una perspectiva mucho más ortodoxa, realista y absoluta.

Desde el año 2005 Beijing ha puesto en práctica una proyección exterior presentada bajo el lema del «desarrollo pacífico» (*heping fazhan*). Partiendo de la idea de que la seguridad internacional debe descansar sobre el desarrollo económico, su práctica incluye axiomas confucianos en la promoción de un marco de beneficio mutuo y de prácticas igualitarias entre Estados soberanos. A su vez, las relaciones internacionales y bilaterales deben descansar sobre cinco principios básicos: el respeto a la soberanía y la integridad territorial de los Estados; la no agresión; la no interferencia en los asuntos internos; el mantenimiento de las relaciones bilaterales de igual e igual en búsqueda del beneficio mutuo; y la coexistencia pacífica.

Con estos principios clásicos y la potencialidad que alcanzará la región a consecuencia de su población y su riqueza, el nuevo sistema eastfa-

liano está dispuesto a subvertir el sistema internacional heredado de la hegemonía occidental. La gran pregunta no es si lo hará o no, sino cuanto tiempo tardará en imponerse y cómo influirá en el resto del mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Eugenio Bregolat: *La segunda revolución China. Una década como embajador en Beijing*; Madrid, Destino, 2007.

Pete Engardio: *Chindia. Cómo China e India están revolucionando los negocios globales*; Madrid, Mcgraw-Hill, 2008.

Ted C. Fishman: *China S.A. Cómo la nueva potencia industrial desafía al mundo*; Barcelona, Debate, 2006.

Daniel Lederman, Marcelo Olarreaga, Guillermo E. Perry (Eds.): *China's and India's Challenge to Latin America: Opportunity or Threat?* Washington, World Bank, 2009.

Shalendra D. Sharma: *China and India in the Age of Globalization*; New York, Cambridge University Press, 2009.

David Smith: *The Dragon and the Elephant. China, India and the New World Order*; London, Profile Books, 2007.

Xulio Ríos: *Mercado y control político en China. La transición hacia un nuevo sistema*; Madrid, Catarata, 2007.

Riordan Roett, Guadalupe Paz (Eds.): *China's Expansion into the Western Hemisphere: Implications for Latin America and the United States*; Washington, Brookling Institution, 2008.

Robert I. Rotberg: *China into Africa: Trade, Aid, and Influence*; World Peace Foundation, 2008